Mt. 5, 37: Ma il vostro parlare sia

sì sì no no

ciò che è in più vien dal maligno.

Ubi Veritas et Iutitia, ibi Caritas

Rivelazione e Religione - Attuazione e Informazione - Disamina - Responsabilità

Pubblicazione mensile: una copia L. 50 - Abbonamento annuo L. 500 (anche in francobolli)

Aut. Trib. Roma n. 15709 del 5-12-1974 - Conto corrente Postale n. 1/38484 intestato a « Sì sì No no » - Sped. Abbonamento Postale Gr. III (70%)
Direttore Responsabile: Don Francesco Putti - Via Anagnia, 289 - 00046 Grottaferrata (Roma) - Tel. (06) 94.53.28

COLLABORAZIONE APERTA A TUTTE LE « PENNE » PERO': « NON VOLER SAPERE CHI L'HA DETTO MA PONI MENTE A CIO' CH'E' DETTO » (Im. Cristo L. I, cap. V, n. 1)

Vivir es adorar a Jesús-Hostia

Artículo del boletín italiano: **sì sì no no**

Título original: *Vivere è adorare Gesù-Ostia*

Autor: **Candidus**

15 abril 2023

Traducido al español

sisinono.org

"*El Santísimo Sacramento es la Santísima Eucaristía, en la que el mismo Cristo Señor está presente, es ofrecido y es asumido, y por la que la Iglesia vive y crece continuamente*". Es necesario, por tanto, que la catequesis lleve a los cristianos a la plenitud del culto eucarístico, es decir, no sólo a la participación en la Santa Misa, sino también a la adoración personal y comunitaria del Santísimo Sacramento.

"Tú eres Dios"

Pero, ¿por qué adorar la Eucaristía, el Santísimo Sacramento del altar? Hace algún tiempo el escritor, culpable de haber dado gracias después de la Comunión, humildemente arrodillado, fue perseguido por el celoso sacristán de la iglesia donde se encontraba, quien le explicó, "muy gravemente", que después de la Comunión uno se sienta abajo. El escritor estuvo tentado de responderle "en especie", pero acabando de comulgar y considerando las canas del hombre, se limitó a contestarle: "Jesucristo es Dios *y ante él en el Santísimo Sacramento se han arrodillado hasta las mulas*".

"Celo", aparte, ¿por qué adorar la Eucaristía?

Desde toda la eternidad, Dios engendra al Hijo de su propia sustancia a quien comunica la plenitud de su ser y su perfección divina y da un testimonio continuo: "Tú *eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy"* (Sal 2, 7). Del intercambio de amor entre el Padre y el Hijo procede el Espíritu Santo. Es el misterio de la Trinidad divina. Cuando el Hijo se

encarna y se hace hombre para liberar a la humanidad del pecado y devolverla a Dios en la vida divina (=gracia santificante) para su gloria, mirando a Jesús, no cesa de proclamar: "Tú eres mi Hijo amado en el que *estoy complacido*". Y dirigiéndose a nosotros manda: *"Escuchadlo"* (Mt 17, 5).

Nosotros, creados a imagen de Dios, llamados a ser perfectos como Dios, estaremos en nuestro lugar, en la voluntad y el plan de Dios, cuando ante Jesús, de rodillas como quien está ante Dios, inclinemos la frente y reconozcamos: *"tú eres el Hijo del Dios vivo"* (Mt, 16, 16); "*Tú solo tienes palabras de vida eterna*" (Jn 6, 68). No hay otro nombre, no hay otro Camino, no hay otra Verdad, no hay otra Vida en nuestra existencia y en el más allá que Jesucristo. A los que le preguntan: *"¿Qué debemos hacer para hacer las obras de Dios?* (es decir, "agradar a Dios"), Jesús responde perentoriamente: *"Esta es la obra de Dios: creer en Aquel a quien Él ha enviado"* (Jn 6, 28-29).

No es posible agradar a Dios o salvarse sin reconocer, creer, adorar a Jesucristo como Hijo de Dios, Dios mismo. Todo el Evangelio, todo el Nuevo Testamento, toda la enseñanza de los Padres está aquí: *la centralidad, el primado, la divinidad real de Jesucristo*. Es un dogma de Fe que a todo hombre, a toda sociedad que quiera construirse en la Verdad y en la Vida que perdure para siempre, en el presente y en el más allá, Dios pida de manera absoluta: "Adorad a Jesucristo, escuchad a Jesucristo, sed fieles *a Jesucristo, si queréis venir a Mí*".

Esta fe-culto-unión de mente y voluntad se torna suprema ante el Santísimo Sacramento que es verdaderamente el Cuerpo, la Sangre, el Alma y la Divinidad de Jesucristo, el Hijo de Dios ofrecido en sacrificio por nuestra salvación. Allí, ante la Hostia y el Cáliz consagrados, *Dios pide la cumbre de la fe y la adoración*, la totalidad de la mente, el corazón y las fuerzas, el cuerpo y el alma, lo mejor y lo más profundo de nosotros mismos. Nunca como allí. Ante la Hostia elevada en nuestros altares o encerrada en el sagrario, la fe-adoración se hace grande, sublime y meritoria ante Dios. En *el culto de Jesús en la Eucaristía le ofrecemos a Él y a Dios la religión más alta, la adoración absoluta*.

Cuando nos postramos ante la pequeña Hostia reconocemos: *"Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios viviente", "Tú eres todo para Dios y todo para mí"*, llevamos a Dios el supremo culto y adoración. Nunca estamos más en el plan y la voluntad de Dios que cuando estamos allí, postrados e inmóviles en adoración a la Hostia. Nunca puede ser más grande, más plenamente hombre el hombre que, de rodillas con la frente en el suelo, proclama: *"Mi pequeña Hostia, Tú eres Jesús, el Hijo de Dios, Tú eres Dios. Te creo, te adoro y Te amo. Y te pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no te aman"* (como enseñó a adorar el Ángel que se apareció en 1917 a los pastorcitos de Fátima).

Es la mayor y más plena respuesta del hombre a Dios, que pide fe-adoración-unión con su Hijo: "Este es mi Hijo amado: escúchalo, adóralo, ofrécemelo". *La vida, por tanto, se convierte en adoración. Vivir es adorar a Jesús-Hostia.*

Volvemos a Él

Si esto es cierto, como lo es, debemos meditar en nuestro más amable deber, el culto y la adoración y el amor en todas las formas hacia el Santísimo Sacramento. Debemos hacer todo lo posible *para evitar actos de desprecio y profanación por parte de personas que presumen de luchar contra lo más sagrado de la Iglesia*.

Allí donde se omite la oración ante Jesús Eucaristía, su exposición solemne ante los fieles adoradores, donde ya no se hace la genuflexión pasando frente a él y más aún por el sacerdote celebrante en la consagración de la Misa, donde se habla como si en una plaza o peor aún suenan los teléfonos móviles, o se viste de manera indigna, indecente (¡y tan "mal vestidos" nos atrevemos a ir a recibirlo a la Comunión!) como si Él no estuviera allí, se nota que ya no creemos en Él, que ni siquiera sabemos que existe y está ahí todo nuestro poder, con su gloria, velada sí, pero del Dios vivo y eterno, con todo su amor infinito.

Es necesario que precisamente según la santa Tradición de la Iglesia, volvamos a Jesús-Hostia, si queremos ver el esplendor de la santidad, de las vocaciones sacerdotales y religiosas, de la juventud pura y heroica, si queremos construir un mundo a imagen de Dios, con familias unidas y abiertas a la vida, una sociedad verdaderamente fraterna, una civilización humana y divina que dé frutos de bienaventurada eterna.

El altar, el tabernáculo, la lámpara encendida, todo debe decir que Jesús, el Hombre-Dios, está allí, vivo, en Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad. Todo debe crear un clima de adoración, el culto latréutico que se debe sólo a Dios. Todo: las cosas y la actitud del pueblo, en primer lugar, de los sacerdotes y religiosos, deben recordar claramente la adoración a Él.

El discurso es más actual que nunca. Hay un intento evidente de cambiar el catolicismo escondiéndolo bajo una pobre construcción humana y sociológica. *Lo esencial de nuestra fe católica parece desaparecer: la vida en la gracia de Dios*, hijos de Dios en el Hijo Primogénito Jesús, con la huida del pecado, el compromiso de configuración con Él y la decidida tensión hacia el Paraíso. Ahora bien, hay que recordar esto: *el catolicismo se fundamenta en la afirmación de que Jesucristo es Dios*, por quien únicamente entramos en comunión de vida con Dios y entre nosotros en la Iglesia, su Cuerpo místico.

Oscurecida la divinidad de Cristo ¿qué queda?

Los intentos de negar y disolver la adoración en torno a Jesús en la Eucaristía son lamentablemente intentos reales de negar y disolver el dogma de la divinidad de Jesucristo. El intento de destruirlo todo. *Pero nosotros, abrazados con plena fe y adoración en torno a la Santísima Eucaristía, en torno a Jesús-Hostia, lo defendemos totalmente. La Iglesia católica, el mundo de los hombres, la verdadera civilización, todo se salva por la Eucaristía, que es Jesucristo, el Hijo de Dios vivo.*

De lo contrario se cumplirá (si, como parece, no se ha cumplido ya) la terrible profecía del venerable Pío XII*: ante el sepulcro vacío exclamarán: ¿dónde habéis puesto a mi Señor*?*"*

Candidus